

MILTON ROSSEL

JUAN MARIN

---

QUIEN hubiera seguido, durante los últimos años, la vida de Juan Marín a través de sus variadas actividades intelectuales, apenas habría advertido que todo su dinamismo se asentaba en la entereza de su voluntad para sobreponerse a la dolencia que iba socavando subrepticamente su organismo.

No quería Juan Marín ser sorprendido en ese desencanto que aflora tras larga vida de acción y estudio en ciertos temperamentos sensibles, ni enmascararse con ese escepticismo de sonrisa complaciente o desdeñosa de quien presume conocerlo todo.

Juan Marín vivió inquietado por recorrer los infinitos caminos de la sabiduría y ningún medio le fue desconocido en su afán de satisfacer su apetencia de conocimientos: prolongados viajes por exóticas latitudes, abundantes lecturas de los más diversos temas, aprendizaje de la ciencia médica y su aplicación en la clínica y en el servicio de la marina nacional, funcionario de la diplomacia y de instituciones internacionales de relaciones políticas y culturales, etc.

Su espíritu vivió en constante aventura, acuciado por la ciencia, el arte, la filosofía. Mas todo ese saber humano y trascendente no afloró en conducta antisocial, ni menos trató de aislarse en el egoísmo, pues con pasión y generosidad, acaso excesivas, entregó frecuentemente toda la riqueza espiritual que con tanto tesón había acumulado.

Su actitud fue siempre cordial como quien aspira a una hermandad de sentimientos e ideas, borradas las fronteras que dividen convencionalmente a la humanidad. Ante la palabra engrifada de los sectarios, la suya discurría serena, sin estridencias, sofrenando la réplica categórica y altiva, como trasunto de que en él habían arremansado las vehemencias estériles y efímeras para cavar en las profundidades del pensamiento una concepción filosófica del destino del hombre y de las circunstancias cotidianas que lo preocupan. Hasta momentos antes de recibir el zarpazo que lo vencería definitivamente, lo vimos vigilante y firme en defensa de sus principios, anheloso de una sociedad de hom-

bres liberados de prejuicios y dogmas, en lucha fraterna por lograr la desaparición de los bruscos e injustos desniveles en que vive gran parte de la humanidad.

Un escritor portugués, Joaquín de Ontezuma de Carvalho, lo entrevistó hace algunos años. A la pregunta final que éste le hizo sobre qué diría a los hombres al despedirse de la vida, Juan Marín respondió con las palabras transcritas a continuación, que definen cabalmente su personalidad:

“Yo les diría —expresó— con toda la fuerza de mi voz: destruyan esas bombas infernales que tienen en las manos como diabólicos juguetes sin saber qué hacer con ellos. Desmonten y desarmen todos esos mecanismos infernales de destrucción. Cultiven la tierra, y empuñen la azada, pulsen la lira, miren a través del telescopio y del microscopio. Echense a cruzar los océanos y a surcar los cielos, pero no para destruir sino para crear. Acuérdense de que la vida humana es apenas un fugaz resplandor entre dos tinieblas, un breve episodio entre dos silencios infinitos. No destruyan la armonía de la creación”.

Preocupación suya fue ahondar en los misterios del ser, de esto tan aparentemente sencillo que llamamos vida, pero que mientras más meditamos en ella más distante nos resulta descifrar la incógnita de dónde venimos, qué somos, hacia dónde vamos. Acaso Juan Marín se hizo médico creyendo que al conocer la mecánica del organismo humano, esclarecería esos enigmas que han dado orígenes a las religiones y son la tortura de los filósofos. Si formado en el rigor científico y en el positivismo racionalista, no adscribió ciegamente a la fórmula de explicar la vida humana mediante reacciones bioquímicas. Como artista amante y creador de bellezas, dio a la intuición el imponderable valor que ella tiene en los actos del ser.

Juan Marín fue por sobre todo escritor. Joven, compuso versos en que la audacia expresiva se imponía al motivo inspirador. En la adultez intelectual, el relato encajó mejor con los ímpetus de su imaginación. Publicó numerosas novelas y cuentos. No es aún el momento de hacer el balance definitivo de las calidades humanas y estéticas de ellos. Bien se puede aventurar el juicio de que su novela *Paralelo 53 Sur* ocupa en nuestra literatura un lugar destacado, con los atributos de una obra destinada a perdurar. La trama novelesca magistralmente urdida, los protagonistas perfilados a través de rasgos recios y definidos, el medio en que acaecen los sucesos descritos con fuerza y realismo, y algunos episodios de tal dramatismo que han de vivir en el recuerdo del lector con emoción indeleble, y por sobre todo ello, un hálito de humanidad tan intensamente verídico, hacen que esta novela

está ya inscrita en la nómina de aquellas que pintan reciamente el alma de nuestro pueblo en su brega por darse una situación económica y humana mejor.

Si en *Paralelo 53 Sur* Juan Marín exhibe una técnica de acentuado realismo, en su relato *Naufragio*, otra de sus obras de indiscutible calidad artística, alternan el detalle directo y el verismo de los retratos de los personajes con ingredientes imaginativos de alto vuelo. Lo que demuestra que su numen creador vibraba ante las más variadas motivaciones, incluso las de carácter científico como en su relato *El secreto del Dr. Baloux*, en el cual arte y ciencia se dan inseparablemente. Acaso fueron las instancias del mar las que solicitaron con mayor fuerza su ímpetu creador, demostración de lo cual son las dos primeras obras mencionadas, las que, a nuestro juicio, lograron mayor calidad humana y artística.

Nutrido es el repertorio narrativo de Juan Marín, lo mismo que sus obras inspiradas en el mundo histórico y actual del Oriente. De entre éstas, tres consideramos fundamentales: *El Egipto de los Faraones*, por la cual se le concedió el Premio "Atenea" en 1955, *La India Eterna* y *El alma de China, su arte, su literatura, sus ideas*. En ellas reanima el pasado de esos tres países con la visión directa que de ellos captó durante su larga permanencia allí. La fuente histórica de primera mano aparece vivificada con el acento de su interpretación objetiva.

Larga y fecunda fue también su colaboración en periódicos y revistas nacionales y extranjeras. Parecía no darse reposo en su trabajo de publicar artículos y estudios sobre diversos asuntos, especialmente de divulgación científica.

Lo sorprendió la muerte el 10 de febrero último cuando dirigía la Escuela Internacional de Verano de la Universidad de Chile en Valparaíso, la que se hizo en colaboración con la Organización de los Estados Americanos, organismo en el cual desempeñaba el cargo de Director del Departamento de Asuntos Culturales, desde cuyas funciones realizó activa labor de difusión de nuestras letras.

Juan Marín unió a sus condiciones de estudioso y trabajador virtudes expresadas en gestos cordiales, actitudes sin dobleces, lealtad a la palabra juramentada, con esa correspondencia que debe existir entre la intención y los hechos, entre el pensar y el hacer.

Colaboró asiduamente en "Atenea", y ante su muerte nos recogemos a meditar en la significación de su obra en la literatura chilena y en el sentimiento que su partida suscitó en quienes supieron de su amistad y elevación espiritual.